

La entrada de la discoteca fue suntuosa alguna vez.

Hoy conserva vestigios solamente de un pasado más próspero y sublime. mármoles rotos, neones inertes, laberinto estomagante de grafitis y un portero apoyadizo y sujeta-paredes, que parece un joven envejecido con un erizo de la boca, o un bigote, o algo.

Los regueros y el azufre en los rincones dan fe de la jugosa vida social que tiene lugar en el callejón donde se ubica. Allí descargan sus vejigas diariamente: gatos, perros, niños y camellos, y algún que otro beato renqueante que sale de oír misa en la iglesia colindante. Dice el portero que los ve venir desde la esquina, con la bragueta abierta y al galope y que aunque todos se mosqueen con el tufillo que se desprende, disimulan y siguen, ya que nobleza obliga, y de paso se recrean con visiones del infierno.

Intramuros, el panorama no es menos desolador. Hay que bajar por unas... a manera de escaleras, concurrendisimas de cucarachas y otros tipos de nictálopes urbanos, donde más vale andarse con cuidado, y no tanto por aquello de la mano y la cartera, sino por la atrevida oscuridad y la ceguera iluminada del artista que puso aquí escalones irregulares!. Gajes del de la modernidad.

De aquí se accede a un

NACIDO PARA EL BAILE

Por José Pedreira

descansillo donde tienen el guardarropa. Cuadro curioso: un antiguo confesionario reciclado a base de brochazos y de lunares, del que asoma -estrábica, dentona- la cara oculta de la Luna. No es otra la tal Luna que la dueña del local. La pobre aguanta la mala racha atendiendo también en la barra. Ya no tiene más que dos empleados: el portero, que no cobra, por hacerse merecedor de un lugar en su cama, y un discyokee de aspecto extraviado a quien paga el mínimo interprofesional.

La pista es azulada y redonda, con cráteres, como no, y algún motivo ornamental más de carácter eclesiástico. Al fondo brillan las letras que dan nombre al lugar: EL TEMPLO DE LA LUNA. Cuando llegué estaba vacía. Pedí una bebida en la barra. La Luna tras ellas ofrecía su cara radiante, transformada, que dife-

rentes sus ojos ahora, sus labios, su aura. Si antes parecía una especie de renacuajo monjil insensible a la música, ahora es una hembra soberbia rezumando feeling y erotismo refinado. Quedé absorto largo rato meditando en el milagro de su metamorfosis.

- ¿Quieres otra copa?

- ¿Qué?... Si, gracias.

Al servirme oteé el abismo de sus ojos y vi reflejados en ellos un hombre bailando. Me volví y vi a alguien bailando en la pista. Era joven, flexible, con el pelo muy corto y tocado con cientos de trenzas, como un rastafari. Bailaba mirándola a ella. Si. Se movía de un modo bien extraño, original, casi, casi, no humano. no se qué fuego desconocido o qué diablo llameaba en su danza, pero supe enseguida que era él el agente de la transformación de la chica.

- Viene siempre en Nochevieja.

Dijo esto y salió de la barra para recibir a un grupo de clientes que entró en ese momento. la supuse volviendo de nuevo al ser oscuro que viera en el confesionario nada más desconectar su mirada de la

Al filo del amanecer nos alcanzó el delirio. Seguía bailando.

Frenético ya.

Como si buscara la muerte en el baile

